

BIOGRAFÍA

DE

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

POR NEMESIO GARCÍA NARANJO,

ALUMNO DE LA CLASE DE HISTORIA EN EL MUSEO NACIONAL DE MÉXICO.¹

El último movimiento literario efectuado en la América Latina, y cuya gloriosa iniciativa corresponde á Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Martí, puede considerarse como trascendental. Á su poderoso influjo han desaparecido muchas viejas preocupaciones que estorbaban el desarrollo literario; se han extinguido muchos dogmas que sujetaban á determinado cartabón las más altas inspiraciones, y han vuelto á colocarse en el trono que se merecen grandes artistas, que por resultar pequeños al ser medidos con el mezquino compás de los retóricos, eran vistos desde hace tiempo como cadáveres literarios. Entre los grandes poetas condenados por la crítica, que cometió la atrocidad de llamarse sensata, se encuentra en primer término el eminente Cordobés Don Luis de Góngora y Argots, que por el poderío de su genio, no desmerece ante coterráneos como Séneca y Lucano, ni ante contemporáneos de los tamaños de Alarcón y de Quevedo. Muy lejos estamos de creer que el jefe de la escuela culterana fué un espíritu perfecto. Todo lo contrario: somos los primeros en mirar las

¹ Hemos consultado para la formación de esta biografía la aprobación que en el tercer tomo de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz hace de éstas el Padre Jesuíta Diego Calleja, la biografía de Don Antonio Núñez de Miranda por el Padre Juan de Oviedo, y «La Décima Musa,» hermoso artículo consagrado á la poetisa en la obra «México Viejo,» por Don Luis González Obregón. No extrañe, por consiguiente, á los lectores encontrarse con ideas y hasta con palabras textuales de las obras citadas, que son las que nos dan más luz en tan obscura materia.

exageraciones en que incurrió; pero somos también los primeros en disculparlas como disculpamos las exageraciones románticas de Víctor Hugo y de Lamartine, como disculpamos las exageraciones realistas de Zola. Solamente un exagerado puede derrocar todos los convencionalismos que muchos siglos amontonen. La poetisa mexicana Juana de Asbaje y Ramírez de Cantillana, conocida más bien con el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz, como discípula que fué de la escuela gongorista, ha sido igualmente condenada por la crítica. Don Juan Nicasio Gallego emite sobre ella las siguientes palabras en el prólogo que escribiera á las poesías de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda: «Puede asegurarse que las primeras obras poéticas (de muger), que por su variedad, extensión y crédito, merecen el título de tales, son las de Sor Juana Inés de la Cruz, monja de México, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo á sus coetaneos el nombre de décima musa, y contando entre sus panegiristas el erudito Feijóo. Y, ciertamente, si una gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio bastasen á justificar tan desmedidos encomios, fuera muy digna de ellos la poetisa mexicana; pero tuvo la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo diecisiete, tiempos los más infelices de la literatura española, y sus versos, atestados de las extravagancias gongorinas, y alambicados, que estaban entonces en el más alto aprecio, yacen entre el polvo de las Bibliotecas desde la restauración del buen gusto.» En lugar de las palabras finales debiera haber puesto el poeta y retórico español las siguientes, que son mucho más propias: «desde la restauración de los compases literarios y de las escuadras poéticas.»

El literato mexicano Marcos Arróniz tiene también para la monja un juicio muy desfavorable, en el cual llega á decir, que no obstante el agudo ingenio y viveza de carácter que revelan sus obras, abundan en retruécanos, alambicamiento de ideas, sutilezas, amaneramiento, trivialidad; y de tal manera, que apenas bastan á compensar tantos defectos las cualidades magníficas de su gran talento.

Basada la mayor parte de la gloria de Sor Juana Inés de la Cruz en los principios que proclamaba la escuela culterana, tuvo que desmoronarse ante el criterio de los clásicos que en seguida reinaron en España, y que en el colmo del apasionamiento se limitaron á llamar ingenioso al autor del Polifemo, negándole toda inspiración y talento poéticos; sin fijarse, quizá, en que las medianfas nunca han sido capaces de influenciar ni siquiera á sus hermanos intelectuales, mucho menos á los Lope de Vega y Calderón de la Barca.

Pero ya empieza á despuntar una nueva aurora para la literatura gongorista. En el último tomo de versos de Rubén Darío viene

la siguiente estrofa que puede considerarse como una consagración, si se tiene en cuenta que este elevado artista centro-americano, es el primer poeta del idioma español en la actualidad:

Como la galatea gongorina
Me encantó la Marquesa verleniana,
Y así juntaba á una pasión divina
Una sensual hiperestesia humana.

También los demás literatos salientes de España y América se muestran por sus obras admiradores y sectarios del gongorismo. Lugones, Urbina, Giménez, Villaespesa, Silva, Nervo, Machado, etc., tienen un lenguaje, que llamarían los clásicos, alambicado. El mismo Salvador Díaz Mirón, en su libro «Lascas,» y en lo poquísimo que conocemos de «Triunfos,» se manifiesta como un poeta muy parecido á los más grandes y refinados de la escuela culterana; y si bien es cierto que no procede de ella (el inspirado veracruzano es un maestro de escuela propia), también lo es, que su obra, como la de los gongoristas, quedaría reducida en su mérito á un grado infinitesimal, si empezáramos á medir el calor y la fuerza de las pasiones del poeta con el mezquino termómetro de una retórica intransigente.

Es indudable que Góngora nunca será colocado en la primera fila de los grandes poetas. Fué un gran exquisito, y como exquisito tuvo que sacrificar mucha sinceridad de su alma en aras de una forma nueva. Homero, Dante, Shakespeare, son sinceros; Virgilio, Tasso y Milton son exquisitos. En ese parangón están el mutilado de Lepanto y el poeta cordobés. Este último, que es indudablemente inferior al primero, tendrá que ocupar, tarde ó temprano, su asiento entre los grandes poetas de decadencia en el mundo. En España, fuera del autor del Quijote que es el único gran sincero de la literatura española, no puede tener superiores. El defecto que dominó á Góngora fué defecto del cual no pudieron prescindir los más grandes señores de la poesía castellana. La reivindicación de Góngora traerá consigo la resurrección al mundo de la gloria de nuestra egregia poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, que no tuvo más defecto que ser apasionada admiradora de aquel insigne maestro. Volverán á repetirse los conceptos de su «Fama Póstuma.» Sus versos, como antes, correrán por todas las memorias y volverán á reverdecer en su frente los laureles que marchitaran la pasión y la intransigencia de una escuela que, afortunadamente, está próxima á desaparecer.

La importancia de la personalidad de Sor Juana Inés de la Cruz

es indiscutible. Ahora que existen tantos adoradores de la galatea gongorina, fijemos nuestros ojos en la poetisa que, por su modo de pensar y de sentir, debe considerarse como precursora, aunque no la única, del actual movimiento literario, benéfico por haber destruído muchas preocupaciones, y fecundo en obras maestras. La literatura actual española y americana tiene mucho importado de Francia (las obras de Gutiérrez Nájera, por ejemplo), pero en su mayor parte trasciende á los grandes decadentes del siglo diez y siete: la mayor parte de nuestros poetas nunca han dejado de ser castellanos.

Estudiemos, por consiguiente, la vida de esta prodigiosa mujer, que es en las letras de México lo que es en su historia Doña Josefa Ortiz de Domínguez. Cada minuto de su existencia fué verso de un poema, que á veces, por su magnificencia y grandeza parecía una epopeya; y á veces, también, por su desencanto y dolor tomaba todos los matices de una tragedia. Y para que la leyenda de su vida sea completa, no le falta esa obscuridad que circuye las existencias de todos los héroes de las primeras centurias. Su figura se destaca, recortando sus vaguísimos contornos, sobre una densa nebulosa que ninguna mirada puede penetrar; tiene todo el aspecto de esas cosas que se encuentran muy distantes; la imprecisión de los objetos soñados. Semejante á esas imágenes de los templos, que bañadas tan sólo por el enfermizo resplandor de un cirio, se adivinan más que se ven sus formas, el espíritu de Juana Inés, que sólo lo hemos visto al través de la aprobación que hace de sus obras el Padre de la Compañía de Jesús, Diego Calleja, lo presentimos más que lo palpamos. Mas la biografía de este Jesuíta es como una bujía amarillenta que amañillea todo lo que ilumina. Yo creo que podría haber encontrado mística hasta el alma de Jorge Sand. Es un religioso muy fanático, que admira más en la poetisa egregia su virtud mal entendida que su profunda sabiduría, y ésta, que su refinado temperamento artístico, el cual está muy lejos de poder comprender. Pero como no tenemos otra fuente que la aprobación citada, empecemos la biografía tomando todos los datos que nos parezcan lógicos y conducentes, y rechazando aquellas reflexiones que, en nuestro concepto, se encuentran en flagrante contradicción con algunas obras de la ilustre monja, según nuestro criterio. Nació Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Çantillana en la alquería de San Miguel de Nepantla, lugar sumamente pintoresco situado al pie de los volcanes Popocatepetl é Ixtaccihuatl; mas no resistió á su astro tanta belleza natural puesto que sus poesías fueron más que himnos al espléndido mundo físico, aristocráticos versos de una alma exquisita. Fué á las once de la noche del viernes doce de No-

viembre de 1651 cuando tuvo lugar este interesante acontecimiento en un aposento que todos los habitantes de la alquería citada llamaban la Celda. Hace hincapié en este insignificante incidente el padre Calleja, para hacer luego la pueril consideración de que estaba destinada por el Cielo al claustro desde que vino al mundo. Nació la insigne poetisa entre otros hijos, siendo sus padres Don Pedro Manuel de Asbaje, natural de Villa de Vergara, Provincia de Guipúzcoa, é Isabel Ramírez de Cantillana, hija de padres españoles y natural de Yacapixtla, Nueva España. No podemos afirmar nada respecto de los hermanos de la monja, pues no los vemos aparecer en la vida de ella ni una sola vez; solamente en el episodio que á continuación señalamos vemos figurar una hermana, pero tan accidentalmente, que no nos ilumina nada á este respecto. — 2.

— Tenía apenas tres años cuando se escapó de su casa paterna sin ser vista por su madre, y habiéndosele agregado á su hermana mayor que iba á la escuela, engañó á la maestra de ésta para que la enseñase á leer; y fueron tan rápidos los progresos que en la enseñanza hizo, que á los cinco años había aprendido á leer y á escribir, contar y á hacer todas las menudencias de labor blanca.

Dando muestras de una precocidad sorprendente comparable á la del mismo Mozart, desde su infancia empezó á hacer versos, denotando una inmensa facilidad para la métrica y para encontrar consonantes. No había cumplido aún ocho años cuando compuso para una fiesta del Santísimo Sacramento una Loa con todas las cualidades que requiere un poema formal, sólo porque le ofrecieron como premio un libro. Fué testigo de este maravilloso acto el fraile Dominicano Francisco Muñoz, Vicario de Amecameca, lugar situado á cuatro leguas de la alquería donde nació Juana Inés. — 3.

— Le tenía un amor tan grande al estudio y á la sabiduría, que huía de las golosinas, como veremos, porque había oído decir que causaban rudeza en los más altos entendimientos; é importunaba muchas veces á sus padres para que la vistiesen de hombre y la trajeran á la Universidad de México, donde tenía noticias que se aprendían muchas ciencias.

Contaba ocho años de edad cuando la trajeron sus padres á la Capital del Reyno, y devoró con sed insaciable, en un espacio cortísimo de tiempo, los pocos libros que había en la casa. Y según el fidelísimo testimonio del Bachiller Don Martín de Olivas, recibió de él veinte lecciones de latín, habiéndole bastado tan corto número para aprenderlo con toda corrección y soltura.

Y á tan nobles y levantados ánhelos y cualidades intelectuales de tan elevado orden, ponía al servicio una energía de carácter rarísima en los corazones femeniles. Cuéntase que en determinada

ocasión se cortó el pelo algo por no haber aprendido un discurso prontamente; con el firme propósito de volvérselo á cortar en el triste caso de que fracasaran sus sanas intenciones, pues no consideraba dignas del ornato del cabello las cabezas desprovistas de memoria y tardas de inteligencia.

Teniendo en cuenta sus padres el riesgo que corría, tanto por su admirable discreción como por su no poca hermosura, la introdujeron en casa del Virrey de Nueva España Don Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera, como dama de su esposa Doña Leonor María de Carreto, y fué tanta la estima en que esta honorable dama la tuvo, que por todas partes la trafa, todas las cosas le consultaba y no se podía pasar un momento sin su Juana Inés.

Dos veces le contó el Virrey Mancera al padre Calleja la siguiente enécdota que pasma á todos aquellos que tienen la fortuna de escucharla. Habiendo sorprendido la basta instrucción de nuestra heroína, quiso saber hasta qué punto llegaba su sabiduría. Y al efecto reunió en su palacio cuarenta sabios, contándose entre ellos hombres de letras, Teólogos, Escriturarios, Matemáticos, Historiadores, Poetas, Humanistas y no pocos de los que por gracejo se llamaban Tertulios, con el objeto de que examinasen á aquella sabia de diez y siete años. Concurrieron los personajes científicos del Reyno á tan interesante examen, atestiguando el Marqués de Mancera que no cabe en humano juicio creer lo que él vió, pues contaba «que á la manera de un Galeón Real (palabras del Virrey) se defendería de pocas chalupas que le envistieran, asíse desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas, que tantos cada uno en su clase le propusieron.»

Fué cabalmente en esta época cuando tuvo lugar el suceso más importante y trascendental de su existencia: el ingreso al claustro.

El padre Calleja, que resuelve todos los problemas que se presentan en la vida de Sor Juana, cuales son sus decisivas y extrañas determinaciones, concediéndole á la poetisa una excesiva virtud encuentra como único origen de su entrada á la vida religiosa y sola causa de los cilicios y de las disciplinas, de los ayunos y demás exajeradas penitencias á que se sujetara en sus últimos años, en una verdadera vocación religiosa y en una modestia imponderable que la hacía considerar sus más ligeros olvidos como pecados mortales. Pero las almas verdaderamente católicas, las que dicen tener vocación para la vida religiosa, son propias de seres alucinados que todo lo deponen ante la inmensidad de su fe: amor, arte, ciencia, etc. Y si nosotros estamos plenamente convencidos de que Juana Inés nunca depuso ante el altar el anhelo de ciencia y el

amor á la belleza, sino en los dos últimos años de su vida, podemos afirmar con toda seguridad de que en su juventud ocupaba la religión en su alma un lugar completamente secundario; y por lo mismo la tendencia principal de su espíritu no fué la tendencia religiosa. Podemos comprobar esta aserción con su muy celebrada carta á Filotea, que entre otros muchos conceptos vierte lo siguiente: «Entreme religiosa porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) repugnantes á mi genio; con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación, á cuyo primer respecto como el más importante se vieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de un genio, que eran de querer vivir sola, de no tener ocupación alguna obligatoria que embarazase la libertad de mis estudios ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado de mis libros.» — El mismo padre Calleja se contradice en sus reflexiones cuando dice que Juana Inés fué una mística completa, después de expresarse en los términos siguientes que confirman lo que venimos asegurando: «Tomó este acuerdo la Madre Juana Inés, á pesar de la contradicción que la hizo conocer tan entrañada en sí la inclinación vehemente al estudio. Temía que un coro indispensable no la podía dejar tiempo ni quitar la ansia de emplearse toda en los libros; y meter en la religión un deseo estorbado sería llevar por alivio un continuo arrepentimiento torcedor, que á las más vigorosas almas no las deja en toda la vida respirar, sino ayes; en especial cuando el deseo reprimido no se aprende por especie de culpa. pues entonces con lo anchuroso de la permisión, hallan los grandes juicios muy á trasmano la resistencia del desco.» Ese tenaz presentimiento de muchos conflictos entre la religión y la ciencia y su amor sin límites á la segunda, la detuvieron en la puerta del claustro mucho tiempo; y si después entró francamente, fué porque la empujó su confesor y no porque viese disipados los temores que presentía. Fué, por consiguiente, una religiosa por conveniencia y no por religión; buscaba en el cláustro, como ella misma lo dice, un lugar donde pudiese estar alejada del matrimonio sin mortificar para nada su decencia ni sufriera menoscabo su reputación. ¿Fué heroína de algún drama amoroso? Sin hacer afirmación de ninguna especie nos limitamos á hacer la observación de que la penitencia á que se sujetara en la última etapa de su vida, fué demasiada para compurgar actos que, en el concepto de aquel clarísimo talento no podían ser de ninguna manera pecados mortales. Sin tener datos para creer que fué Juana Inés una amante decepcionada, nos atrevemos á dudar en este punto de su

vida. ¡Ah! quién sabe si, como la Claudia de Díaz Mirón, haya buscado el encierro, queriendo al golpe de la puerta en el pestillo burlar sus cuitas y dejarlas fuera; quién sabe si, como el fray Juan de Velarde, viera siempre velados los crucifijos por una niebla, de la cual surgía la imagen de sus amores, que nunca pudieron desterrar de su alma ni el rigor de los ayunos ni el azote de las disciplinas.

El misterio existirá siempre en este importantísimo punto de su vida. El hecho es que escogió primero el convento de San José de Carmelitas descalzas, hoy Santa Teresa la antigua; pero la austeridad de la regla la hizo caer enferma, y por dictamen de médicos abandonó el noviciado tres meses después de haber ingresado. Poco tiempo después, sin embargo, para siempre se encerró en el Convento de las religiosas de San Gerónimo, donde hace su solemne profesión el 24 de febrero de 1669, cuando aun no cumplía 18 años de edad. Favorecióla en pagar su dote Don Pedro Velázquez de la Cadena, y el padre Don Antonio Núñez de Miranda se mostró muy satisfecho de haber consignado una alma de tanto valer para la grey católica, corriendo por su cuenta todos los gastos de la fiesta y habiendo preparado en persona las luminarias desde la víspera. Vivió un poco más de 26 años en el Convento dedicándose á hacer la caridad entre los pobres; repartía entre las hermanas religiosas necesitadas todos los regalos, que por la alta estima en que la tenían recibía diariamente y á montones. Empero, nunca dejó el estudio de la ciencia y la práctica de la poesía, que le trajeron muchas necias contradicciones de la barbarie de sus semejantes. El padre Juan de Oviedo nos dice que el jesuita Núñez de Miranda nunca le prohibió en absoluto á nuestra excelsa poetisa el estudio de las letras y de las ciencias; pero más adelante se contradice cuando afirma que el Director espiritual de Sor Juana siempre trataba de refrenar sus nobles anhelos de ciencia, al grado de que llegó á romper las relaciones que con ella lo ligaban, cuando se llegó á convencer de que sus bien intencionadas instancias nada conseguirían en el corazón de nuestra heroína. Este fanático é intransigente, á quien Oviedo apellida santo, fué el principal cómplice del crimen á que se sometiera Juana Inés en los últimos años de su vida; fué el constante instigador de un suicidio lento, en que las armas empleadas eran los silicios y las disciplinas. Nos cuenta el mismo Oviedo, que Núñez de Miranda llegó á decir que Dios no le había concedido nunca consuelos espirituales á la monja egregia, por haberse dedicado al estudio en demasía. El revolucionario fanático de Francia llegó á decir ante un insigne pensador: «La República no necesita sabios.» — Pero el fanatismo del clérigo á que

nos venimos refiriendo va mucho más allá de este apotegma; más primitiva aún su religiosidad llega con sus palabras á la siguiente conclusión: «Dios se ofende con la existencia de sabios.»

También el Doctor Don Manuel Fernández de Santa Cruz, Obispo de Puebla de los Ángeles, electo Virrey de la Nueva España, le dirigió una carta en nombre de Sor Filotea de la Cruz, en la que le aconsejaba que prefiriese á todos los libros el Jesús crucificado, y antes que dedicarse al estudio de Filósofos y Poetas, procurase la propia corrección.

Tantas contradicciones hicieron decidir á la poetisa á abandonar toda clase de libros; mas este abandono fué transitorio, porque se vió tan triste sin el estudio, que enfermó, según lo atestiguaron todos los médicos de aquel tiempo. Volvió, pues, á estudiar con la fiebre del imposibilitado, prosiguiendo su nobilísima tarea hasta el año de 1693, en que las insinuaciones extrañas volvieron á ejercer su desgraciada influencia. Fué en este tiempo cuando mandó llamar al padre Antonio Núñez de Miranda, que, como arriba decimos, se había retirado de ella por los excesivos estudios á que se dedicara. Ante su antiguo Director espiritual hizo confesión general minuciosa, que duró varios días, hasta quedar satisfecha la penitente; presentó luego al Tribunal Divino una súplica y dos protestas que escribió con su propia sangre; y terminó la serie de sus inútiles sacrificios con el más cruento de todos, cual fué la entrega de todos sus libros, para que con el producto de su venta se remediasen los males de muchos pobres; sus instrumentos músicos, matemáticos, preseas y bujerías corrieron la misma suerte que su biblioteca de cuatro mil volúmenes. De todas sus antiguas cosas solamente se reservó tres libros de oraciones y muchísimos cilicios y disciplinas. Y ya, completamente fuera del mundo, atormentándose diariamente, vivió Sor Juana Inés de la Cruz los dos últimos años de su existencia, sin aspirar otra gloria que aquella á que aspiraba aquel clérigo pintor de que nos habla Pedro Antonio de Alarcón, que por su inmarcesible esperanza de otra vida, desdeñó como pequeños los homenajes que le tributara el excelso Rubens.

Una epidemia tan pestilente, que de cada diez enfermos que atacaba hacía morir á nueve, azotó el Convento de San Gerónimo. Nuestra heroína, que siempre se distinguió por su caridad y amor á sus semejantes, asistía á todas las religiosas enfermas con una solicitud y un cuidado que le trajeron el contagio, tras el cual vino su muerte, piadosa y serena, acaecida el 17 de abril de 1695 á las cuatro de la mañana. El Canónigo Don Francisco Aguilar le dió sepultura cristiana y fué Don Carlos de Sigüenza y Góngora quien hizo su elogio fúnebre, del cual no tenemos ninguna noticia, pues

desde el momento en que Calleja supone que estuvo sentido, sin afirmar nada á este respecto, es de creerse que no lo oyó.

Ninguno de los biógrafos nos proporciona datos sobre el lugar en que fué enterrada aquella maravillosa poetisa; sin embargo: los Señores Don José María de Ágreda y Sánchez y Don Luis González Obregón, nos han ilustrado verbalmente en este importantísimo punto. Según la aserción de estos insignes exploradores de nuestro pasado, existía entre las monjas de San Gerónimo la tradición de que los restos de Sor Juana se encontraban á la salida que tiene el coro bajo de este templo para el antiguo claustro; habiéndose llegado á afirmar que habían sido vistos por la Sra. D.^a Emilia Puga de Beltrán; pero como nunca han podido ser encontrados, creen que la afirmación final no tenga fundamento alguno, ni la tradición aludida deje de ser tradición. Ojalá que el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes haga todas las pesquisas necesarias para dar con los restos aludidos, con el objeto de que sean trasladados al Panteón Nacional, junto con los de nuestros sabios y nuestros héroes.

Vamos á terminar este reducido estudio con una idea general sobre la trascendencia que pudo tener en la poetisa la época en que vivió, y algunas consideraciones sobre la importancia de su obra literaria.

Ya nuestros lectores se habrán formado un concepto, aunque vago, por las líneas que hemos trazado, de las costumbres de aquel tiempo. Dejemos correr la brillante pluma del eminente Ramírez, que acabará de ilustrar nuestro juicio con las siguientes palabras que copiamos fielmente del más hermoso de sus discursos, y que resume elocuentemente la vida colonial: «La clase dominadora, la clase privilegiada, despojándose de su inteligencia como de una arma prohibida, se entregaba á movimientos automáticos dirigidos por el reloj de la parroquia más cercana; el primer repique del campanario prescribía las prolongadas oraciones de la mañana; el segundo llamaba á misa, y después, de hora en hora, hasta entre los placeres del lecho continuaban los ejercicios piadosos; y la siesta y las repetidas comidas, y el juego, no dejaban á las ocupaciones del hombre laborioso sino cuatro horas del día. Así vivía la nobleza; pero la turba, sin contar con otro capital que con su trabajo, no sabía dónde colocarlo; tras de las horas consagradas á la devoción y tras de las falanjes de días festivos, encontraba cerrados los puertos por el sistema prohibitivo, incendiada la viña, el tabaco y la morera por el monopolio; ocupados los primeros puestos por los extraños, y la inteligencia, recogidas sus alas y palpitando azorada entre las manos de la Inquisición. Por eso es que en hom-

bres y en mugeres el modelo de la vida era el Convento; el fraile y la monja se reproducían en el mundo con sus trajes, sus vicios, sus costumbres y sus preocupaciones.»

Ante esta dolorosa reconstrucción no podemos menos que confesar que fué heroísmo de Sor Juana Inés de la Cruz, haberse atrevido á pensar mientras todo el mundo rezaba; no haber naufragado en aquel mar de fanatismo y de ignorancia, cuyas olas encrespadas la estuvieron constantemente amenazando; es una acción tan grande, que por sí sola la inmortalizará.

Sus obras, como lo hemos dicho repetidas veces, pertenecen á la escuela de Góngora, y como tales significan una protesta contra el dogmatismo intransigente de los clásicos. No se entiende por arte clásico el arte perfectamente proporcionado de los griegos, como muchos pretenden. La gran poesía helénica llegó á su culmen libre y gozosa, sin que fueran obstáculo á su vida, ni la tradición, ni extranjeras influencias, y sin que el dogmatismo formal ó retórico la exclavizara. El arte fué para los griegos, vida, como vida fueron la guerra y el comercio, y no indagación erudita ni complicado artificio de conceptos alambicados y sutiles. La leyenda de la Grecia, forjada por los poetas desde Schiller hasta los contemporáneos, nos ha presentado la vida griega orientada por una finalidad puramente estética. Nada más falso; porque si los griegos fueron artistas, se debió no á la supremacía del goce artístico ni á la hegemonía de las facultades estéticas sobre el alma, sino á que el griego fué un individuo indivisible, orgánico, de múltiples facultades que no se enseñorearon las unas sobre las otras, de donde provino, como natural resultado, la euritmia y la armonía de todos los actos de su vida, ejemplificados con la belleza consonante de sus cuerpos y espíritus, el deber y el goce de la vida, ó hedonismo, el valor y la astucia en la guerra, la lógica y el fantaseo en la filosofía. Fueron á la vez guerreros, mercaderes, polítics, filósofos y artistas, y tuvieron como sagrada la unidad humana. Su arte fué expresión sincera de su vida cotidiana, de su moral, de su religión, y nunca llegó á romper este consorcio. Durante la época del florecimiento y de creación, que es al que nos venimos refiriendo, no existió en Grecia la crítica que extrae de la obra sus cualidades estéticas. Todo lo contrario; el griego omitía su juicio íntegro, moral, intelectual y artístico, y se encerraban esos juicios copulativos en mitos simbólicos ricos, á menudo, de significación. Cuando la poesía griega empezó á tomar un desarrollo rectilíneo y empezaron á aparecer las obras carentes de repeticiones, dudas y rebeliones; cuando se rompió el consorcio que ligaba al arte con las costumbres civiles y religiosas, fué cuando nacieron los juicios

inmutables acerca de las obras literarias; juicios que más tarde fueron consignados como dogmas por los sabios del período alejandrino.

La crítica clásica tiene, por consiguiente, dos pecados veniales: haber nacido cuando se extinguía la época creadora y fecunda, y llevar dentro de sí al dogmatismo.

Dada la claridad que esplende en el arte griego, y habiendo recibido ya formados todos los juicios, los críticos alejandrinos se redujeron á ser biógrafos eruditos y filólogos, que no hacían sino comentarios de historia y de lenguaje, y sus interpretaciones no eran críticas sino ermecríticas. Así fueron conducidos á tomar la parte exterior de los hechos históricos, la significación artificialmente determinada de las palabras ó sea su valor léxico; su dependencia, función relativa y variaciones gramaticales; y llegaron á tales exageraciones, que engendraron la crítica pedante formalista y dogmática llamada clásica. La cultura alejandrina superficial y mecánica, á semejanza de la filosofía spenceriana ó evolutiva, se enseñoreó fácilmente del mundo antiguo, habiendo sido propagada por los pedagogos; y el clasicismo, como lo hemos definido, ha quedado inmutable desde hace más de veinte siglos hasta la fecha. No queremos reseñar la literatura española, y nos limitamos á decir que, tras el brillante florecimiento de los romanceros, aparecieron los retóricos de antecesores alejandrinos, á cuyas reglas implacables la mayor parte de los trovadores se sujetaron. Cábeles la gloria á Don Luis de Góngora y sus discípulos (entre éstos se encuentra en primera fila Sor Juana Inés de la Cruz), de haber permanecido libres de las cadenas del clasicismo; y si bien es cierto que llegaron á la pedantería y á la puerilidad, también lo es que esto es casi siempre inevitable en todos los órdenes de ideas. La mayor parte de los libre-pensadores acaban en fanáticos, y los grandes demagogos terminan casi siempre en ser tiranos. Pero ni la tiranía final de Robespierre destruyó la primera parte de su obra, ni el arrepentimiento que sintiera Hidalgo antes de morir hizo cesar un solo momento á los insurgentes. Todos los poetas del siglo XVII fueron muy á menudo pueriles y alambicados; pero pueriles por combatir una puerilidad, alambicados por derribar un alambicamiento.

Es, por lo tanto, la obra de Juana Inés de Asbaje la más trascendental en nuestras letras. Ha sido condenada por el rigorismo clásico que, á semejanza del Marqués de Mompavón de que nos habla Daudet, después de haber vivido una vida pedantesca, camina pedantemente hacia la muerte. Sigue saludando á los trovadores con el desdeñoso saludo de protección; su traje sigue siendo irrepro-

chable; el consabido sombrero de antaño; el plastrón de su camisa está perfectamente almidonado; mas ¡ay! no encubre un pecho franco y leal, porque eso es de mal tono; bajo ese plastrón no hay un corazón que se conmueva, porque el buen gusto dice que es muy alambicado conmovearse. Sus latidos nunca llegan á ser agitados, porque tal cosa es una cursilería; se necesita que sean tan acompasados y tan exactos como el tick-tack de los relojes. Sus mejillas están untadas de colorete, porque la palidez que ocultan puede acusar algo de sentimiento, y eso no está bien en los académicos, que antes que todo deben procurar la corrección. Nosotros apelamos de ese fallo rigorista y rectilíneo.

La posteridad decidirá.

México, octubre de 1906.

FIN DEL TOMO III.